

AL OTRO LADO DEL ESPEJO DEFORMANTE

Una mirada a la sociedad francesa a partir de las elecciones presidenciales y legislativas de la primavera de 2002

Breve historia de un extraño terremoto

En la noche del 21 de abril, los periodistas que anuncian los primeros resultados electorales y la tendencia provisional del voto, parecen caer de las nubes : en vez del resultado previsto, que daba como vencedores al socialista Jospin y al "gaullista" Chirac, desputa como candidato a la segunda vuelta al triste Le Pen, el cual sin embargo había hecho una campaña relativamente discreta. Jospin tendrá 200.000 votos menos que él, lo cual es una nadería en comparación con los 41 millones de inscritos, pero suficiente para destruir los sueños presidenciales de la izquierda. Jospin presenta de inmediato su dimisión como primer ministro. La inversión de lo que anunciaban los sondeos hasta algunos días antes y la derrota sin paliativos de la política de los socialistas son el origen del trauma que sacude al país.¹

No obstante, observemos los resultados² más de cerca:

- 1) La abstención ha llegado al 28,40%, es decir aproximadamente 11.700.000 personas, de 41 millones de inscritos. Obviamente, aquellos que ni siquiera se toman la molestia de inscribirse (valorados en torno al 8-10% de la población en edad de votar, alrededor de 4 millones), no se contabilizan. Esto quiere decir que ha votado aproximadamente el 49% de los franceses y que el 9% lo ha hecho por un candidato de extrema derecha, de los cuales el 8% lo ha hecho por Le Pen).
- 2) Los votos en blanco o nulos fueron 995.000, o sea el 2,4% de los inscritos y el 3,4% de los votantes.
- 3) En este cuadro, la izquierda parlamentaria -con la excepción de los Verdes que mejoran su resultado y superan la barrera del 5%, accediendo al reembolso de los gastos electorales- apenas supera el 27%. En conjunto la izquierda parlamentaria pierde cerca de un millón y medio de votos respecto a 1995, en beneficio de los 3 candidatos trotskistas que totalizan casi tres millones de votos (10,44%). Su fragmentación actúa en detrimento de Jospin. La derecha parlamentaria, por su parte, pierde en el mismo período casi 4 millones de votos, pero continúa a la cabeza de la carrera presidencial.
- 4) Por primera vez desde la posguerra, el Partido Comunista (con el 3,37%) desciende por debajo del millón de votos y al mismo tiempo por debajo del 5%, perdiendo el derecho al reembolso de los gastos electorales. Varios analistas comienzan a plantearse abiertamente el problema de su desaparición de la escena política. Al mismo tiempo la candidata de *Lutte Ouvrière* recoge el 5,72% y el de la *Ligue Communiste Révolutionnaire* el 4,25%. Es la primera vez que superan al PC de origen estalinista.
- 5) Le Pen, candidato del *Front National*, recoge 4.805.307 votos, el 16,86% y mejora en 234 mil votos el resultado de 1995, cualificándose para la segunda vuelta. A estos votos se deben añadir, obviamente, los 667.000 (con un total de 19,2%), recogidos por el escisionista Mégret y que expresan la misma tendencia profunda.

Este resultado inflama las reacciones de los dirigentes políticos, periodistas y simples ciudadanos. Comienza en los *media* la caza al responsable del éxito de Le Pen. Naturalmente, los trotskistas son los primeros en servir de chivo expiatorio. Su culpa : haber dividido a la izquierda y debilitado al honesto Jospin. Pero también los demás candidatos de la izquierda son sometidos al mismo tipo de proceso y los más próximos a Jospin con un cierto fundamento. Sus discursos electorales fueron diseccionados (y condenados) por uno u otro de los comentaristas de izquierda. La algarazca de los periodistas parece excluir un solo punto: el balance de gobierno del honesto Jospin.

Entre las dos convocatorias se multiplican las manifestaciones antifascistas. Casi todos los días decenas de millares de jóvenes (y menos jóvenes) ocupan las calles, a menudo de modo espontáneo, aunque

¹ Entre los numerosos textos de análisis e informes del momento, merece la pena señalar dos que me parece que tratan algunas cuestiones de fondo: Alain Bihl, "Petit traité de séismologie politique" y el anónimo, "Le 13 mai de Jacques Chirac", en *A Contre Courant*, n.134, de mayo 2002; en particular el segundo relativiza el éxito de Le Pen en el aspecto matemático sin que esto le lleve a infravalorar su significado político. En efecto, la pareja Le Pen-Mégret totalizó el 21 de abril 500.000 votos menos que la de Le Pen-Villiers en 1995.

² Los datos electorales han sido tomados de los periódicos *Le Monde* y *Libération*, pero también del parlamento y del consejo constitucional. Habiendo pequeñas discrepancias a veces entre las diversas fuentes, he preferido redondear los datos por exceso o por defecto, antes que sobrecargar el texto por un exceso de precisión, ya que lo que daba sentido al discurso era el orden de magnitud de las cifras, los porcentajes y las tendencias.

organizaciones de izquierda y de extrema izquierda tratan de encuadrar a los manifestantes. El punto más alto se alcanza el 1 de mayo, con 2 millones de manifestantes. Pero “manifestarse no basta, es necesario votar” y, por supuesto, la mayor parte de estos antifascistas -que no deja de agitar el espectro de la Alemania del '33- propone votar por “el ladrón” contra “el fascista”, tapándose las narices y poniéndose los guantes. Todos apelan a la defensa de los valores de la República, de libertad, igualdad y fraternidad. Algunos políticos y periodistas hablan de la “vergüenza de ser franceses”, especialmente después de haber dado lecciones de democracia a toda Europa tras la llegada al gobierno de los partidos de Berlusconi y Fini en Italia y Haider en Austria. La presión sobre los recalcitrantes alcanza niveles insoportables. Los trotskistas de *Lutte Ouvrière* son prácticamente “demonizados” porque, aunque inclinándose contra Le Pen e invitando a sus electores a no votar por él, rehúsan alinearse y dicen que la solución del problema no está en las urnas electorales. El viejo término usado en los años 30 de “hitlerotrozkismo” no se utiliza, pero el contenido de los anatemas no se aleja mucho del mismo³. Incluso algunos anarquistas, considerando el resultado electoral de Le Pen como un hecho dramático, se pronuncian por un voto en favor de Chirac.

En la noche del 5 de mayo, Chirac - un tanto molesto - celebra su victoria con un comfortable 82,21% de los votos y una abstención en descenso del 20,29% (con 1.769.000 votos en blanco y nulos, el 5,39%). Llegados a este punto puede, con toda legitimidad, nombrar a uno de sus hombres para ponerlo a la cabeza del nuevo gobierno. La izquierda grita que ha sido elegido para defender la República, pero es obvio que lo hará con su propio programa y con sus hombres. No obstante, toma la precaución de elegir como primer ministro a Jean-Pierre Raffarin, un político prácticamente desconocido por el gran público, que viene de la “Francia profunda”, que se presenta como expresión de la “Francia de abajo”, que no forma parte de la odiada élite salida de la ENA (la escuela de alto nivel que suministra los grandes funcionarios del Estado), cuyo perfil es modesto, que le es fiel aunque no forme parte del viejo RPR (el partido “gaullista”) y que, viniendo del partido Démocratie Libérale, se ha sumado a la nueva formación (UMP, Unión por la Mayoría Presidencial), puesta a punto en vista de las elecciones. Su gobierno se presenta como un intento de apertura frente a la “sociedad civil”, con una mujer en defensa, un industrial en hacienda y una mujer de origen magrebí por primera vez en escena.

Durante un mes, el nuevo gobierno tendrá vía libre para hacer la campaña electoral de Chirac. Dado que el parlamento no se reúne, no puede hacer otra cosa que promulgar decretos (que será necesario que el nuevo parlamento suscriba) o multiplicar los mensajes de lucha contra la criminalidad y las operaciones de policía espectaculares. Pero es una campaña que recompensa, especialmente frente a una izquierda a la desbandada que no tiene ya ni programa ni jefe, cuyo único argumento consiste en reivindicar la necesidad de no dar a Chirac el monopolio del poder.

El 9 de junio, la izquierda saldrá de las elecciones malparada. Veamos los resultados :

- 1) La abstención vuelve a subir y llega al 35,60% de los inscritos, 14 millones y medio de personas. Es evidente su crecimiento entre los electores de izquierda.
- 2) A éstos hay que añadir 1.144-000 votos en blanco y nulos (el 2,23% de los inscritos y el 4,33% de los votantes). Los porcentajes que siguen se refieren por tanto a los 25.800.000 votos válidos.
- 3) La izquierda parlamentaria totaliza el 37,47%, con un PC que vuelve a estar por encima del millón de votos, con el 4,70%, los Verdes que descienden al 4,43% y el PS (ligado al PRG⁴) que recupera el 25,28% y reina en un campo en ruinas. Todas las pequeñas formaciones son víctimas del síndrome del “voto útil”, que repercute en beneficio del UMP a la derecha y del PS (y un poco el PC) a la izquierda.
- 4) Los trotskistas se desinflan como un balón y vuelven a los prefijos telefónicos habituales: 1,27% para LCR y 1,18% para LO, donde la única novedad es la inversión de la relación de fuerza entre los primeros -que han jugado a fondo la baza del antifascismo- y los segundos que se encontraron aislados por todo el mundo político, con -según los sondeos- el 70% aproximadamente de sus electores de las presidenciales que ha votado por Chirac, como todos los demás.
- 5) El FN desciende al 11,11% y el minúsculo partido de Mégret obtiene el 1,08%. Esperaba desempeñar el papel de árbitro entre la derecha y la izquierda en más de las 133 circunscripciones en que estuvo presente en 1997, pero debe contentarse con 37 únicamente, de las cuales nueve fueron triangulares⁵. Es evidente que la

³ Cfr., por ejemplo el director de cine Gérard Mordillat, en *Libération* del 26 de abril, “Jean-Marie y Arlette, la pareja modelo”, cuyos tonos histéricos sólo son comparables a las invectivas de la escritora Régine Deforges contra todos aquellos (Chevénement, Mamère, Arlette Laguillier) que han hecho que pierda el honesto Jospin, y que “Por falsa ideología, demagogia, ignorancia y odio hacia el otro, le había hecho el caldo gordo a la bestia, abandonando Francia en las manos de los racistas, xenófobos y antisemitas”, en *L'Humanité* del 24 de abril.

⁴ Partido Radical de Izquierda, viejo partido de la izquierda burguesa republicana, tradicional aliado de los socialistas.

⁵ Tradicionalmente, en la segunda vuelta, los dos campos (izquierda y derecha) tratan de concentrar sus votos en un único candidato para evitar la división y dispersión de los votos. El FN trataba de

derecha clásica se ha recuperado en su tradicional depósito de votos y que la exhibición de músculos del gobierno ha dado mejores resultados que las manifestaciones antifascistas.

El espectáculo se cierra el 16 de junio, con la segunda vuelta de las legislativas, que confirma los resultados precedentes.:

1) La abstención alcanza el nivel más alto jamás logrado en unas elecciones legislativas en la V República, con el 39,70% (14.600.000 inscritos); repercute principalmente en la izquierda, pero también la extrema derecha lepenista sufre las consecuencias.⁶

2) Los votos blancos y nulos pasan a 965.000 (2,64% de los inscritos, 4,35% de los votantes).

3) La izquierda puede decir que ha salvado la crisis por los pelos : aun perdiendo a lo grande, no llega a los pésimos resultados del '93. Con un total de 177 diputados, el PS obtiene 140 (perdiendo más de un centenar respecto a la legislatura precedente), dejándole 7 al fiel PRG y 6 a varios independientes, mientras los Verdes evitan su desaparición con 3 diputados y el PC puede formar un grupo parlamentario con sus 21 escaños. La derecha triunfa en toda la línea y consigue 399 escaños, con una UMP que obtiene por sí sola la mayoría absoluta en el parlamento (369 escaños) y la UDF centrista que mantiene una presencia autónoma con 22 escaños.

4) Los votos trotskistas alimentan por un lado la abstención y por otro salvan al PC de la desaparición del parlamento como fuerza autónoma y también de la bancarrota.

5) El FN recibe una sonora bofetada. Además de no conseguir un solo escaño, en las triangulares retrocede por todas partes respecto a la primera vuelta. Muchos de sus electores acaban alimentando el depósito de votos de la derecha tradicional.

A la caza de responsabilidades

A partir de la noche del 21 de abril se desencadena una caza despiadada de responsabilidades por la doble sorpresa que ha supuesto la primera vuelta y que imprime un giro inesperado para la siguiente convocatoria. Polítólogos, periodistas, analistas, comentaristas y políticos de toda laya, tiene cada cual su chivo expiatorio preferido. Naturalmente cada uno de ellos toma uno o varios aspectos de la situación y lo que se dice o escribe no es completamente falso. Digamos que la falsificación reside sobre todo en la relación entre lo que cada uno trata de poner de relieve y lo que trata de esconder. Las responsabilidades serían pues:

- de los sondeos -constantemente desmentidos por los resultados- que no permitieron captar la gravedad de la situación y por tanto ajustar la campaña a las tendencias del electorado.

- De los *media* y en particular de la televisión, que apostaron a fondo en el tema de la inseguridad, llevando durante meses el miedo directamente a las casas de los franceses, incluso allí donde la tasa de criminalidad era relativamente baja.

- De la división de la izquierda, que con la multiplicación de las candidaturas ha arrebatado votos preciosos al honesto Jospin y en particular la candidata del MRG -Christiane Taubira- que aunque ligada de pies y manos a la política del PS, le ha quitado 600.000 sufragios; o bien el enfático Chevènement, que -hinchado en febrero por los sondeos- había comenzado a creerse la reencarnación de De Gaulle; o de los polémicos Verdes que saben renunciar al cierre de las nucleares, pero no a algún voto de más que podría concederle alguna cartera ministerial en un hipotético nuevo gobierno.

- De los trotskistas, que en lugar de permanecer en su puesto, como batallón de escolta del PC, se dedican a canalizar votos de protesta de sectores sociales que hasta entonces se habían mostrado tranquilos; conviene decir no obstante que los de la LCR en particular, votarán disciplinadamente por Chirac en la segunda vuelta, a pesar del dolor de barriga.

- De los abstencionistas que carecen del suficiente sentido cívico para ir a depositar su voto en la urna y que antes de la segunda vuelta fueron culpabilizados de todas las formas. La caza al voto abstencionista vuelve en las legislativas, pero dado que los discursos y las posturas de fondo de los partidos son los mismos no se ve por qué los abstencionistas deberían cambiar de idea. En efecto, entre el 21 de abril y el 16 de junio la abstención aumenta en más de un 10%. Señalemos que esta presión anti-abstencionista pierde, en la segunda vuelta de las legislativas, uno de los argumentos utilizados entre el 21 de abril y el 5 de mayo: en efecto, ya no se puede decir que la abstención favorezca a Le Pen, ya que para mantenerse en la segunda vuelta se necesita al menos el 12,5% de los inscritos y que un alto nivel de abstención reduce las triangulares. Efectivamente, fue Le Pen el que se lamentó de que en Niza los muertos no fueran borrados a tiempo de las listas, lo cual impidió a su candidato alcanzar el porcentaje mínimo para participar en la segunda vuelta.

vengarse de la derecha amenazándola con mantenerse en la segunda vuelta, permitiendo de ese modo a la izquierda alcanzar la mayoría relativa : para poder mantenerse es necesario alcanzar un porcentaje mínimo del 12,5% en la primera vuelta.

⁶ Las cifras absolutas son inferiores a las de la primera vuelta, dado que se vota sólo en los colegios donde un candidato no ha sido elegido.

- De los inmigrantes (y de los extranjeros en general) que no saben quedarse en su lugar y que se dejan ver demasiado en el lugar equivocado y en el momento menos oportuno. La publicidad en torno al campo de refugiados de Sangatte y de los candidatos al asilo político; la chifla a *La Marseillesa* en el Estadio de Francia; los arrestos de franceses de origen árabe entre los miembros de Al Qaeda; el aumento de los actos anti-judíos atribuidos a los magrebíes, son elementos que -a través del tratamiento de los *media*- se convierten en otros tantos factores de percepción negativa del extranjero y por tanto alimento del voto lepenista.

- Por consiguiente de nuevo los *media*, donde la ecuación delincuente igual a extranjero (árabe), está presente de modo subliminal en el juego al alza sobre la inseguridad entre Chirac y Jospin, del cual se benefició Le Pen, quien no ha tenido casi necesidad de hacer campaña electoral : los demás la han hecho por él.

- De la incapacidad de comunicación por parte de los socialistas y la izquierda en general. Esto es algo sobre lo que es preciso convenir, en vista de la arrogancia de los gobiernos de izquierda y el tono pedante que utilizaron frente a los comunes mortales. La guinda la pondrán las declaraciones de Jospin a propósito de su programa electoral, que no debía ser considerado como socialista, sino idóneo para toda la izquierda y cuya base obrera le ha dado una respuesta contundente.

Pero sobre todo es interesante constatar que todos estos argumentos han servido en parte para evitar un serio balance sobre lo que el PS y la izquierda han hecho en el gobierno en los últimos 5 años. No obstante, para quien no está completamente cegado por la ideología modernista y liberal en boga, el balance del honesto Jospin es extremadamente instructivo. Veámoslo de modo sintético. Todas las medidas parten de otras tantas declaraciones de buena voluntad en relación con los más pobres. Los hechos son otra cosa.

a) La primera y más importante de las medidas sociales de la izquierda fue la ley de las 35 horas, la cual provocó una ola de huelgas sin precedentes en las empresas y en el empleo público. Más allá del barniz “social”, se trata de una ley que aumenta la flexibilidad en la utilización de la mano de obra para la mayor parte de los asalariados, mejora la condición de los ejecutivos (que, estando ya bien pagados, no tenían derecho a la retribución de las horas extraordinarias, pero debían hacerlas igualmente), porque introduce límites al aumento de sus horarios. Éstos ganan una buena parte de tiempo libre y tienen el dinero para disfrutarlo. Por el contrario, los asalariados más humildes ven amputadas las horas extraordinarias que eran una fuente importante para redondear sus salarios. En la práctica se recortan los salarios y se aumenta la flexibilidad, hasta el punto que un sondeo reciente descubrirá que al menos la mitad de los franceses querrían trabajar más. Si se sustituye “trabajar” por “ganar”, se tiene la clave de lectura del sondeo y de los efectos de la ley.

b) La lucha contra el paro fue presentada como la prioridad del gobierno. Comienza con la modificación del cálculo de las estadísticas, que a partir de entonces son sistemáticamente manipuladas, para continuar con la cancelación de las listas de paro y con el aumento de los beneficiarios del RMI (renta mínima de inserción, una especie de subsidio de pobreza), pero que no se incluyen en las estadísticas citadas. En 1998 rehusó aumentar a 4000 francos (610 euros) los mínimos sociales (es decir todos los subsidios de cualquier clase y naturaleza), reivindicación central del movimiento de parados. Por otro lado, para incitar a los desocupados al trabajo se adopta la zanahoria del “premio al trabajo” (un reembolso fiscal para quien tiene una renta de trabajo) y el bastón del PARE, un nuevo sistema de “contrato”, impuesto a los parados para devolverlos al trabajo, incluso en condiciones particularmente desfavorables para ellos⁷. A esto se añade 300.000 puestos precarios en la administración pública (empleos para jóvenes) y la multiplicación de los estatutos de precariedad en todo el salariado, con el efecto clarísimo de precariedad en el conjunto del mundo del trabajo. Todas las medidas de “lucha contra el paro” se concretaron en forma de incentivos o ventajas fiscales para las empresas.

c) La ley CMU, que instituye la cobertura médica universal, la cual debía cubrir todas las rentas bajas, cubre sólo aquellas que están por debajo de 3600 francos (550 euros) mensuales. Es una ley que sanciona la separación entre la cobertura suministrada por las contribuciones de los trabajadores y la asistencia suministrada por el Estado a los más pobres. En torno al proyecto se crearon muchas expectativas, que se han visto defraudadas a causa de una aplicación burocrática, llena de sofismas y trampas legales que dejan fuera a muchos de aquellos que habían esperado extraer un beneficio. La de la solidaridad y la restauración urbana (SRU) -que es una especie de revoltijo sobre las condiciones urbanas y el territorio- la cual no hace otra cosa que amplificar los efectos de fractura, entre los que están dentro y los que se encuentran fuera, incluso por un solo euro de más, sin contar los aspectos puramente ideológicos o, peor, de una verdadera estafa por lo que respecta a los más pobres (por ejemplo: la “carte solidarité transports”, que debería garantizar el acceso a los transportes de los más pobres a precios reducidos, pero que precisamente excluye de las reducciones los abonos mensuales, es decir la clave de acceso normal de todos los residentes y los trata como si fueran turistas).

⁷ Sobre estas medidas se pueden leer: “Plan d’aide au retour à l’emploi (PARE): en rire ou en pleurer (de rage)?”, y “Prime pour l’emploi: un cadeau empoisonné” en *Tsunami*, n°3, primavera 2001, p.20-23.

d) En la cuestión de la inseguridad se ha dicho que Jospin se dejó arrastrar por Chirac a un terreno que no había elegido. Pero en los últimos años este problema había sido ampliamente difundido por el gobierno como parte esencial de su programa, con la puesta a punto de “contratos locales de seguridad”, que implicaban la colaboración de policías, entes locales, vigilantes de transportes, instituciones escolares y educativas y estructuras de prevención y represión diversas, todo en una perspectiva explícita de aumento de la represión. Su acción de gobierno ya había mostrado claramente una total subordinación en este terreno. La presencia de las diferentes fuerzas de policía en los transportes urbanos, en las calles y en los barrios populares, se había convertido en un elemento habitual del paisaje. La ola “antiterrorista” desencadenada después del 11 de septiembre, no sólo había alimentado este síndrome de inseguridad -con el refuerzo del plan “Anti-pirata” que permite la utilización del ejército en funciones de patrulla en los lugares públicos y en los transportes urbanos- sino que, además, permitió la adopción rápida de medidas legislativas represivas específicas frente a las clases más pobres. Sirva como ejemplo la adopción de una medida contra el fraude en los transportes públicos que prevé hasta 6 meses de cárcel para los recalcitrantes que no pagan las multas. Bin Laden tiene por lo visto las espaldas tan anchas que puede cargar con todo.

e) La ley sobre el ahorro salarial abre de hecho el camino a la reforma de las pensiones y a la introducción de los fondos de pensiones. La diferencia entre los funcionarios, que se jubilan con 37,5 años de cotización y el trabajador que debe llegar a 40 -introducida en el '93 por un gobierno de derechas- se mantiene a pesar de las expectativas creadas entre los asalariados; se vuelve a hablar de aumento de la edad de jubilación para todos, empezando por los funcionarios y se introduce la “libertad” de jubilarse hasta los 63 años. Para las mujeres se restablece la “libertad” del trabajo nocturno, para adecuarse a la normativa europea. Las huellas de los intentos de reforma de la escuela del ministro Allegre, contra la cual bajaron a la calle los enseñantes, están presentes en el voto de estos últimos.

f) Ningún gobierno de derechas ha privatizado tantas empresas públicas como el gobierno Jospin. La ley que habría debido desalentar los despidos -y sobre la cual el PCF había hecho campaña- fue redactada de una forma tan tímida que tenía efectos contraproducentes. El PS no quería desagradar demasiado a los empresarios y se opuso a medidas de protección más explícitas. El PC lo vivió como una humillación y los obreros como una tomadura de pelo, precisamente cuando los despidos de Renault, Michelin, Danone y Moulinex alimentaban el descontento y una fuerte demanda de protección de cara a la izquierda. Pero, en los últimos 30 años, las diferencias de renta han ido creciendo entre los sectores más ricos y los más pobres de la sociedad.

¿Debería extrañarnos que en estas condiciones el PS llegue a obtener el 11% de los votos obreros, el 14% de los parados y el 15% de los interinos y que toda la izquierda parlamentaria reunida obtenga el 23% de los votos de los parados, mientras Le Pen obtiene en solitario el 30% (que se convierte en el 36% con los de Mégret)? Entre los obreros, la izquierda en su conjunto obtiene el 24% contra un 25% de Le Pen. Las cosas discurren mucho mejor entre los ejecutivos del sector privado donde el PS obtiene el 17% y la izquierda en su conjunto el 41%⁸. ¿Tendremos pues que extrañarnos si los despedidos de Danone y Moulinex rehúsan votar por los partidos que obtienen el consenso de aquellos que los han empujado hasta la puerta? ¿Si los parados expresan desafección, indiferencia o desesperación? Ya en 1995, el Front National era el primer partido obrero en Francia. La tendencia no ha hecho más que agudizarse y la izquierda parlamentaria en estos años ha trabajado sin desmayo para preparar su propia derrota.

Algunas consideraciones técnicas

Para comprender el comportamiento electoral de los franceses -que a primera vista puede parecer contradictorio- es necesario tener en cuenta el sistema electoral mayoritario en dos vueltas y sus efectos sobre los electores. En las presidenciales, se dice que la primera vuelta permite elegir y la segunda eliminar. En efecto, la amplitud de la “oferta política” era este año bastante respetable : 16 candidatos se disputaban los favores del público (y el dinero del financiamiento estatal). Algunas de estas candidaturas eran evidentes cortafuegos, destinadas a restar votos a fuerzas políticas más importantes, otras eran expresión de una división real y en este juego la izquierda partía con desventaja. Como se ha visto, una diferencia de pocos centenares de miles de votos puede determinar la suerte de una candidatura presidencial, como también, en las legislativas, las mismas diferencias pueden modificar mucho las relaciones de fuerza en las instituciones parlamentarias. El mecanismo electoral mayoritario a dos vueltas acentúa la polarización y puede favorecer la formación de mayorías sólidas, pero en una situación de gran fragmentación del voto, socava de manera drástica la legitimidad de los vencedores.

En las legislativas juega un papel notable el peso de los notables y de las clientelas locales. El modo de financiamiento de los candidatos (1,66 euro por cada voto obtenido) favorece la multiplicación de las

⁸ Los datos están tomados de un sondeo del CSA, llevado a cabo a la salida de los colegios electorales en la primera vuelta de las presidenciales y citado en “Le 13 mai de Jacques Chirac” (segunda entrega), en *A contre courant*, n° 135, junio 2002, p.8.

candidaturas, acentúa la fragmentación del panorama y de los grupos políticos: efectivamente, eran alrededor de 8.600 candidatos para tan sólo 577 colegios electorales (un 32% más respecto de 1997).

En este contexto no se puede pasar por alto la habilidad táctica de Chirac (y de su fiel Juppé) y su capacidad de comprender de qué parte soplaban el viento, pero sobre todo de usar en su propio beneficio las características (y la geografía de las circunscripciones) del sistema electoral francés que le ha permitido jugar con la división de sus adversarios. La experiencia de la precedente derrota influyó probablemente en la decisión de construir, justo antes de las elecciones, una estructura como la UMP, capaz de aglutinar los votos de la derecha. La clave de esta reunificación -efectuada en torno a la figura de Chirac- ha sido la centralización del financiamiento y la amenaza de privar a los recalitrantes de la cobertura política y financiera del grupo mayoritario de la derecha. Sólo un grupo de centristas (lo que queda de la vieja UDF) consiguió escapar al chantaje, pero no fue cosa fácil.

Pero el auténtico golpe maestro fue la utilización del Front National contra los socialistas y la izquierda (el espantajo Le Pen, Hitler a las puertas, el frente antifascista, la histeria colectiva que crea incluso anarquistas electoralistas), arruinando el mecanismo que Mitterrand había sabido crear para dividir a la derecha, obligándoles -sin esfuerzo, todo sea dicho- a asumir su discurso "antifascista", hasta convertirlos a todos en emisarios de la confirmación del sistema vigente y de su presidente.

La campaña de seguridad de la primera vuelta, primada por la izquierda en un terreno minado y la cruzada anticrimen que precedió a las legislativas, fueron la guinda del pastel. Todos sabían que Le Pen no tenía ninguna posibilidad seria de llegar a la presidencia, pero venció quien consiguió utilizar mejor su presencia en el panorama político. Si la campaña de seguridad lo favoreció en la primera vuelta de las presidenciales, su continuación le segó la hierba bajo los pies y lo marginó.

Le Pen no se equivoca cuando pone de manifiesto que 6 millones de franceses no estarán representados en el parlamento, aunque se olvida de todos los no inscritos, los abstencionistas, los votos en blanco y nulos, los votos trotskistas, los cazadores y todas las listas minoritarias. Las instituciones de la V República parecen haber funcionado a la perfección, al menos en apariencia, otorgando una consistente mayoría parlamentaria y de gobierno a un presidente electo con un resultado que el bueno de Kim II Sung le habría envidiado. Pero el haber concentrado el poder en las manos de un clan restringido -fuertemente subordinado al empresariado- sólo puede agudizar el alejamiento popular de la política y del Estado, alimentando con fuerza la tendencia de la situación actual.⁹

Algunas cuestiones de fondo

Desarrollar seriamente un análisis de los problemas de fondo que están detrás de los comportamientos electorales de los franceses significaría probablemente escribir un tratado y nuestras posibilidades son mucho más limitadas. Así pues, nos limitaremos a indicar algunos de los problemas de la sociedad francesa, cuyo análisis permitiría comprender mejor las tendencias actuales. Además, se subrayan dos elementos importantes que de las dos elecciones han saltado a la vista de todos.

Éstos deben leerse y encuadrarse en una tendencia europea, relativamente homogénea, que se concreta en motivaciones y formas específicas ligadas a la historia y a las características político-sociales de los distintos países y que probablemente ha influido también en Francia. Hace tres años, 13 países europeos de 15, estaban dirigidos por gobiernos de izquierda o centro izquierda. Durante este tiempo, el eje político de toda Europa se ha inclinado con fuerza hacia la derecha y en particular en Austria, Italia, Dinamarca, Holanda, Portugal, España, Luxemburgo, Irlanda, Noruega, cuyos países están todos guiados hoy por gobiernos de derecha. ¿Pero se puede considerar de izquierda el gobierno de Tony Blair, que muchos liberales ven como un modelo? Y aun allí donde la izquierda está todavía en el gobierno, se tiende a un cambio de rumbo, como ha sucedido en Bélgica o como posiblemente suceda en Alemania. La tendencia actual en los Estados Unidos (en consonancia con el desmantelamiento del *welfare* y el liberalismo de Reagan y Bush padre) viene ya de lejos y ha tenido en Europa una influencia sobre la que no vale la pena insistir.

En este cuadro, Francia confirma sus viejas características de país conservador, que permanece unido a sus instituciones, precisamente en el momento de mayor alejamiento de los sectores populares y que lo confirma fundándolo en un voto conservador, en particular de las clases medias, y en sus miedos.

La satisfacción de los ejecutivos respecto al balance de gobierno de la izquierda, no es suficiente para modificar la dirección política del país. La crisis del mundo obrero y su descomposición nutren el repliegue sobre sí mismo y la polarización social, presente ya en el origen, no puede sino agudizarse a su vez.

La abstención expresa la despolitización de la sociedad, mientras que la democracia se confirma como *la técnica de gestión* del capitalismo ordinario y nutre el desacuerdo creciente de las clases explotadas. La fractura

⁹ Véanse, por ejemplo, las últimas intervenciones del politólogo (y diputado europeo por el PS) Olivier Duhamel, que examina el fenómeno con una cierta preocupación y sería favorable a un cambio constitucional.

entre sociedad civil y sociedad política, entre jóvenes-mundo obrero-parados y política se convierte en un elemento estable y central de la vida del país.

Recelo y desconfianza hacia el Estado son un fenómeno relativamente nuevo en una sociedad con fuertes connotaciones estatales como la francesa, aunque en el pasado hubiera conocido fenómenos como el poujadismo.¹⁰

Si todos los partidos han experimentado, después de la primera vuelta de las presidenciales, un nuevo aflujo de adhesiones, la tendencia a largo plazo -y podemos apostar a que no se invertirá- es hacia un ulterior desdoblamiento.

El fin de la guerra fría y la amplia onda del fin del “imperio del mal” han hecho sentir sus efectos sobre el PC de un modo particularmente pesado. Desde luego nadie puede prever si conseguirá sobrevivir y en qué se convertirá. Lo que sí es cierto es que su hegemonía sobre el mundo obrero ha terminado. Este aspecto de las elecciones ha permanecido en las sombras en el plano mediático debido al éxito de Le Pen, pero es posiblemente el elemento políticamente central que obliga al conjunto de la izquierda a reflexionar sobre sus propias estrategias electorales.

El lento crecimiento de los Verdes ha sufrido un brusco frenazo, pero no su asimilación en el panorama político en función subordinada al PS. Expresión de capas medias “modernistas”, liberal y abierto a Europa, con algunos componentes internos dotados de una auténtica sensibilidad social, no consiguen expresar un modelo coherente de sociedad y viven en el centro de las contradicciones entre un capitalismo liberal ante el que no se atreven a rebelarse, que lo lleva a emerger en el preciso momento en que se destruye el medio ambiente que tratan de preservar.

Los trotskistas se muestran como una pompa de jabón. Si en algunos momentos consiguen canalizar un voto de protesta, en el plano político parecen el ala más izquierdista del PS y continúan viviendo del mito de un partido en construcción, mientras más prosaicamente tratan de sacar alguna tajada del cadáver todavía caliente del PC. El hecho de que algunos militantes puedan encontrarse en las luchas sociales o generen a veces análisis pertinentes, no basta para esconder su incapacidad profunda de diseñar una cultura del conflicto adecuada a la sociedad en la cual vivimos hoy.

Pero volvamos sobre el problema de la inmigración, que se inscribe dentro de una tendencia a largo plazo. Francia ha sido el único país europeo que en el curso de casi dos siglos ha continuado siendo un país de inmigración, que ha sido capaz de absorber grandes olas migratorias, provenientes de muchos países europeos y a menudo extra-europeos, sin convertirse en país racista, pero atravesado por profundas crisis de xenofobia, en particular en los momentos de mayores dificultades económicas. Históricamente no existe en Europa una situación comparable, su único parangón pertinente sería Estados Unidos.¹¹

El hecho de que la integración de las varias olas migratorias nacionales se haya producido con más facilidad en el caso de las mejor estructuradas -como es el caso para los armenios en el sur y para los polacos en el norte- nos coloca ante la especificidad francesa de su relación con la inmigración magrebí, a su fragmentación, a su subordinación cultural, a la repulsa de la cual es víctima, a su desesperada búsqueda de salvar una identidad (o de construirse una mítica, como para aquellos jóvenes de los suburbios que ensalzan a Bin Laden o que se hacen reclutar por los islamistas, como muestra de manera ejemplar la historia de Khaled Kelkal) y a la dificultad de conseguir una integración real. Y esta repulsa no hace muchas distinciones entre nacionalistas argelinos, emigrados y harkis¹², todos tratados más o menos igual.

Llegamos así al centro del problema, sobre el que ha corrido mucha tinta, pero respecto a su solución, probablemente estamos todavía muy lejos, es decir, el modelo de integración “antinacionalista” que ha funcionado en Francia durante dos siglos, pero que hoy parece haber fracasado.

Actualmente hay en Francia 4,3 millones de inmigrantes, en buena parte llegados del ex-imperio colonial y también de países europeos, del Este para aquellos de inmigración más reciente. ¿Pero estamos seguros de que los problemas provienen de la relación con estos sectores de la población? ¿No se trata más bien de una cuenta que Francia debe arreglar con su propio pasado colonial y con los hijos y nietos de este pasado a los

¹⁰ El movimiento toma el nombre de su jefe -Pierre Poujade- que llevó a cabo una revuelta antifiscal de pequeños comerciantes y pequeños empresarios, hacia finales de los años ‘50. Le Pen era el más joven diputado del grupo poujadista.

¹¹ Sobre la cuestión de la inmigración me parece interesante tener presente los trabajos de Emmanuel Todd, y en particular *Le Destin des immigrés : assimilation et ségrégation dans les démocraties occidentales*, Paris, Seuil, 1994, en el cual analiza las diversas comunidades de inmigrantes y su capacidad de integrarse utilizando la clave del tipo de estructura familiar. Aunque el esquema interpretativo deja muchos problemas sin resolver, es extremadamente estimulante y suministra varios puntos de reflexión.

¹² Harkis es el nombre de las tropas indígenas que en la Argelia francesa servían como auxiliares del ejército.

cuales no consigue ofrecer una perspectiva de integración y promoción social, como bien o mal había hecho en los 30 años de desarrollo económico que siguieron a la guerra?

En efecto, la competencia en el mercado de trabajo no se produce entre obreros autóctonos y emigrantes (que en general aceptan los trabajos más ingratos), sino entre los jóvenes de origen magrebí (y más recientemente africanos), que son discriminados y acaban por engrosar las filas de los parados y de la pequeña criminalidad, a menudo ligada a la droga.

Por tanto, no tiene que extrañarnos si muchas de las contradicciones a las que hemos aludido se dan de una manera particularmente visible y virulenta precisamente en la escuela, lugar de encuentro privilegiado de la mayor parte de los jóvenes. Dado que el ascensor social se ha bloqueado, la escuela se convierte automáticamente en un foco de frustración social, de expectativas defraudadas y falsas promesas. La promesa de llevar al 80% de cada clase hasta los estudios superiores -en ausencia de un mercado de trabajo receptivo- se convierte en la antecámara del paro, con un nivel de escolarización creciente de los parados. Naturalmente, los jóvenes que son descartados y expulsados del sistema escolar sin haber obtenido un diploma son socialmente más frágiles y por consiguiente una presa fácil para la economía sumergida o criminal. Por su parte, la escuela continúa viendo cómo el ambiente se degrada y se polarizan las contradicciones simbólicas - como lo ha mostrado la historia del chador de las jóvenes islamistas- y los focos de inseguridad, de la cual los propios enseñantes se sienten víctimas. Obviamente, la difusión de las formas de violencia juvenil, de *racket*, de tráfico de drogas, de machismo, a veces de reagrupamientos sobre base étnica, pasa a menudo a través de la escuela y su evidencia no hace más que aumentar, alimentando tensiones y miedos.

Las tendencias hacia un desmantelamiento programático de la escuela como formadora de valores cívicos y capacidad crítica (salvo para una élite), para transformarse en productora de consumidores ignorantes, incapaces de poner en cuestión la sociedad en la que viven, dóciles presas de la industria de la diversión de tres al cuarto, parecen efectivamente encontrar su confirmación en los intentos de reforma que la izquierda en el gobierno ha tratado de llevar a la práctica en los últimos años, prosiguiendo los intentos de la derecha que la había precedido.¹³

El voto FN

Todo se ha dicho ya del voto pro FN del 21 de abril : voto político, de protesta, de desacuerdo, de miedo, de exasperación o desesperación, y a veces voto de adhesión a valores y (menos) a un programa. Pero también voto racista y xenófobo que expresa un “sentido común”, común -según algunos comentaristas- a la mayoría de los partidos, del cual se procura no hablar nunca, como si hablar de ello significase abrir la caja de Pandora.

La tendencia profunda que se expresa a través del voto FN está presente en Francia desde principios de siglo, atravesando toda su historia y pasando a través del miedo a la invasión extranjera (que hasta los años veinte era sobre todo italiana), los linchamientos anti-italianos de Aigues Mortes, Grenoble, Marsella, que involucra también al movimiento obrero (de las consignas del PCF “compremos productos franceses” a los *bulldozer* que el alcalde comunista de Vitry manda a principio de los años ochenta para destruir un albergue de trabajadores inmigrantes), visible en particular en los momentos de crisis social.

Le Pen no deja de insistir en el tema de la “preferencia nacional” en la distribución de viviendas, subsidios, lugar en los asilos y en los servicios sociales y puestos de trabajo. Pero ninguno habla en voz alta de la práctica corriente en todo el empleo público (en el cual la puerta de la titularización está oficialmente cerrada para los extranjeros no europeos), donde, en situación precaria -en caso de competencia con los nativos- los extranjeros son empujados hacia la puerta con gentileza, después de haber sido en ocasiones utilizados durante años como un remedio en los sectores donde existe carencia de personal local y en el que se exige un cierto nivel de calificación. La experiencia de los enseñantes precarios de origen magrebí, de los médicos importados del oriente asiático, de las enfermeras que faltan actualmente en los servicios hospitalarios, están ahí para recordarnos que de hecho ya existe. Pero es precisamente su existencia de hecho lo que permite su uso electoral, porque deja ya de ser una tontería para el sentido común.

Decíamos que el problema de la relación con los magrebíes tiene como núcleo el pasado colonial de Francia en Argelia. Aunque el tiempo ha pasado y las heridas se han cerrado, no se puede olvidar que una generación de franceses se fue a hacer una guerra sucia y no declarada, practicó y vio practicar la tortura y trató de sobrevivir a la imposición de una experiencia traumática. Más allá de los discursos de la élite (políticos, periodistas, escritores), los individuos que vivieron esta experiencia la llevan consigo dolorosamente y viven mal el “vuelco de la situación”, el abandono de un territorio que los políticos de entonces proclamaban como parte integrante del territorio nacional., después de miles de promesas desmentidas por los hechos. Iniciada por un gobierno de izquierdas, conducida por un ministro del Interior socialista como si se tratara de una “operación de policía”, ningún partido político llamó a la deserción: los individuos se quedaron solos. Ahora, frente a un poder político que no llega a asumir su propio pasado sino con medias palabras y admisiones a

¹³ Véase a este propósito el texto bastante estimulante de Jean-Claude Michéa, *L'enseignement de l'ignorance*, Castelnau-le-Lez, Climats, 1999.

medias (era justo obedecer las órdenes, pero no estuvo bien practicar la tortura), Le Pen dice alto y claro que no hay nada de qué avergonzarse, que defendió la grandeza de su patria y que lo volvería a hacer; y muchos excombatientes de entonces se reconocen en sus palabras, quieren continuar mirándose al espejo sin verse obligados a escupirse y encuentran de nuevo un orgullo nacional que el presente ha cancelado, o, en el mejor de los casos, ha confinado a los estadios de fútbol. Y muchos harkis o "pieds noirs" (franceses de Argelia de origen europeo) se estremecen con su retórica. Evidentemente, no es ésta la clave principal del voto lepenista, pero una parte de su electorado experimenta probablemente su influencia.

La cuestión de la inseguridad no es un invento de Le Pen o de los *media*, de lo contrario no se explicaría el voto en su favor de muchos franceses de origen extranjero (a veces incluso magrebí) en muchos suburbios. Es un problema que atañe al conjunto de nuestra sociedad, empezando por la inseguridad en el futuro, en el puesto de trabajo y en la supervivencia, y esta inseguridad genera otras más tangibles, pero también más fácilmente explotables en el plano electoral. Los protagonistas de acciones sangrientas entran regularmente todas las tardes en todas las casas, con el telediario de las ocho. Lo que cuenta no es ya lo que sucede en la vida cotidiana de cada cual, sino "lo que podría suceder" y que la televisión nos cuenta como factible, probable, normal. Pocos pueden contar que han sido víctimas de una agresión, pero millones de personas "conocen a alguien" que "conoce a alguno" que dice haberla sufrido. Las sociedades campesinas eran seguramente más sangrientas que la nuestra, pero la dimensión urbana multiplica las tensiones, el estrés y los motivos de conflicto con los demás. De este modo, toda la percepción del vivir en sociedad, de la relación con los demás, resulta modificada. Más que la criminalidad en sentido estricto, es la falta de civismo o de simple cortesía lo que envenena la vida cotidiana de la gente y genera un aumento de tensión. A esto se añade el problema de la degradación de la vida en los suburbios, lo cual es una realidad. Esta degradación fuerza a los habitantes de las casas populares de las ciudades periféricas a tratar de escapar hacia nuevos asentamientos, igualmente periféricos, pero contruidos según el modelo de la casa unifamiliar, habitada preferentemente por franceses de piel clara, alimentando en la práctica una tendencia a la separación étnica y social.

Las respuestas que los gobiernos sucesivos han dado, en lugar de inclinarse en la dirección de una sociedad con un mayor grado de convivencia y apertura, se sitúa en el plano de la represión, con un número creciente de policías y la construcción de nuevas barreras y en este terreno, Le Pen, que juega a fondo en esta guerra entre pobres -simplificando los problemas y presentándose como el hombre de la providencia, lanzando a los viejos contra los jóvenes, a los transeúntes contra aquellos que están apoyados en la pared, a los comerciantes contra los clientes de mala catadura-, tiene todavía un largo trecho de ventaja.¹⁴

Naturalmente, Le Pen ha capitalizado gran parte de las desconfianzas que en un país de fuerte tradición nacionalista se han manifestado contra la unificación europea y contra el tratado de Maastrich en particular, presentado como la clave de la pérdida de soberanía para Francia. Desde luego no ha sido el único en pronunciar este tipo de discurso, pero su nacionalismo es el más extremado que hoy existe en el mercado y la coherencia que en conjunto presenta su xenofobia le permite venderlo mejor que todo los Pasqua, Villiers, Chevènement, etc.

Recordemos que Le Pen empezó su carrera política como diputado en el movimiento poujadista y fue tan sólo en 1972 cuando fundó el Front National, federando en torno a *Ordre Nouveau* una multitud de grupúsculos neofascistas que constituirán el andamiaje del partido¹⁵. A éstos deben añadirse los nacionalistas revolucionarios, los católicos tradicionalistas, los secuaces del reverendo Moon y a continuación los miembros del GRECE¹⁶ y los militantes de la "nouvelle droite". Las referencias fundamentales son en gran parte neofascistas y neonazis (en particular por lo que respecta a los militantes, cuya única duda versa sobre el hecho de odiar más a los árabes o a los judíos). Pero han sido recicladas e integradas las experiencias de Vichy, de la *Algérie française* y de la OAS. La ideología resultante es una gran ensalada reaccionaria y xenófoba, basada a la vez en el nacionalismo y en la mística del jefe. El partido se caracterizará esencialmente como fenómeno electoral, sin excluir las manifestaciones de violencia, que no obstante serán aún marginales y por lo general pondrán en aprietos a la dirección del partido. Pero el éxito electoral deberá esperar hasta los años ochenta y la llegada de Mitterrand al poder, el cual utilizará el FN para dividir a la derecha. Su ascenso -que parece alimentarse con la descomposición del viejo PC o de la pérdida de referencias de los viejos sectores

¹⁴ A juzgar por las primeras medidas tomadas por el nuevo gobierno de derechas, parece que la carrera en esta dirección no esté próxima a detenerse y que nuevos récord represivos serán pronto alcanzados.

¹⁵ Sobre la evolución del Front National puede leerse en italiano el libro de Alain Bihir, *L'avvenire di un passato. L'estrema destra in Europa : il caso del Fronte Nazionale francese*, Pisa, BFS; Milano, Jaca Book, 1997.

¹⁶ Grupo de intelectuales de la nueva derecha, los cuales han renovado las teorías de origen neofascista.

católicos- se muestra irresistible hasta diciembre de 1995. Su primer momento de crisis real se produjo, en efecto, con ocasión del movimiento contra el plan de “reforma” del gobierno Juppé, cuando la componente proletaria de su base se encontró en la calle junto a los demás asalariados (o por lo menos compartía sus motivaciones) y la parte tendera y poujadista estaba de acuerdo en la petición de orden expresada por la parte más acomodada de la sociedad. La escisión que sufrió en diciembre de 1998 no parece tener ninguna relación directa con este hecho, pero fue su consecuencia natural. El “traidor” Mégret se fue llevándose tras sí la mayor parte de la estructura militante (incluido el servicio de orden) y de los elegidos (alcaldes, consejeros municipales, provinciales, regionales, etc.), pero los tribunales le dejaron las siglas y el financiamiento estatal a Le Pen. Ambas fracciones sufrieron la ruptura -que llevó a la calle sus métodos y arreglos de cuentas- hasta el punto que las precedentes elecciones municipales parecían haber señalado una inversión de tendencia. Pero la capacidad de Le Pen para catalizar el miedo y las tensiones que la sociedad francesa arrastra consigo ha demostrado que había sido enterrado con demasiada premura.

Vale la pena detenerse un poco en la postura y valoración de sus adversarios. En primer lugar sobre la relación de fuerzas que ha sido diseñada en la noche del 21 de abril: el 17% obtenido por Le Pen, aunque suponga un duro golpe para el imaginario de los franceses, no le da ninguna posibilidad real de acceder a la presidencia de la república. El hecho que Le Pen sea populista, demagogo, xenófobo y autoritario, con una cierta proximidad al fascismo, es desde luego suficiente para hacerlo detestable. ¿Pero es suficiente para considerar en peligro la democracia? ¿Que se estuviera muy cerca de repetir la experiencia de la Alemania de 1933? El aparato político-militar que Hitler tenía en sus manos y del cual hacía uso, no tiene nada que ver con la estructura actual del FN, que apenas si cuenta con algunos millares de militantes. El clima de guerra civil que llevó a Mussolini o Hitler al poder no se parece en nada a la Francia del 2002. La burguesía francesa no parece atemorizada por la iniciativa obrera, ni tampoco está particularmente en crisis. Por otro lado, no vota a Le Pen y tiende a desconfiar del mismo como fuente de inestabilidad (como mostraron las reacciones de la bolsa tras la primera vuelta de las presidenciales). El capital monopolista y el financiero tienen en este momento otros temas en los que ocuparse.

Además, la integración europea, si por un lado muestra en el plano continental las tendencias xenófobas y reaccionarias que existen en Holanda, Bélgica, Austria, Italia, Francia, Inglaterra, etc., hace aún más difícil la concreción de las tentaciones autoritarias de los aspirantes a dictadores.

Concluiremos nuestra reflexión sobre el FN poniendo de relieve que la emergencia del fascismo en Europa en los años 20 y 30 estuvo ligada a la crisis del Estado liberal y recordando que la tradición estatal francesa, el centralismo, la persistencia de un Estado fuerte -que por tanto no tiene ninguna necesidad del fascismo- le cierra el camino cada vez que puede convertirse en un factor de desestabilización para las mismas clases dirigentes, tanto en el plano político como en el social.

La crisis del mundo obrero

La última pieza importante que hay que añadir a este intento de reconstrucción del panorama francés, es la situación de crisis y descomposición del mundo obrero. Crisis y descomposición que pueden inscribirse en el plano de las transformaciones sociológicas, pero sobre todo en el plano de la percepción que del mismo tiene el resto de la sociedad y de su propia percepción, de la pérdida de identidad y de la fe en sí mismo, como portadores, si no de una sociedad diferente, al menos de una alteridad del mundo obrero respecto de la sociedad dominante.¹⁷

Los obreros en sentido estricto son alrededor del 26-28% de la población activa (es decir, 6-7 millones), de los cuales el 80% son hombres, a menudo casados con empleadas, lo que quiere decir que alrededor del 40% de los niños nacen y se desarrollan en “familias obreras”. Las grandes concentraciones obreras han sido desmanteladas en su mayoría y están en proceso de reestructuración progresiva y acelerada; las funciones son cada vez más de mantenimiento y servicios y trabajan cada vez más para empresas de contratación. Parece haberse impuesto una forma de recomposición del mundo obrero basada en tres tipos: los obreros de carácter industrial (hasta los años 70 la gran mayoría de la clase, y hoy minoritarios), los obreros artesanos, que por lo general tienen una notable dosis de implicación en su trabajo y los conductores de máquinas, obreros del transporte, de almacenes, de apoyo; este último grupo se aproxima, más que a los productores, a los suministradores de servicios. Ésta es la categoría obrera que ha tenido en los dos últimos años el más alto nivel de incremento (en más de un 25% en los conductores de reparto, en más de un 20% en los conductores

¹⁷ Dos libros en particular me parece que muestran correctamente las transformaciones producidas en el cuerpo de la clase obrera y las consecuencias subsiguientes: Eric Maurin, *L'Égalité des possibles*, Paris, Seuil, 2002 -del cual se han utilizado muchas de las consideraciones expuestas más arriba- y Stéphane Beaud e y Michel Pialoux, *Retour sur la condition ouvrière*, Paris, Fayard, 1999; este último es el resultado de una investigación que duró varios años en los talleres Peugeot de Sochaux-Montbéliard, y en particular sobre los OS, que muestra perfectamente en que se funda el voto FN en los ambientes obreros.

de transportes locales y en más de un 35% en los conductores de transporte de mercancías). El trabajo precario e interino se ha desarrollado mucho, junto a los bajos salarios, la inseguridad en el futuro, la flexibilidad en los horarios y la disponibilidad para cualquier tarea.

En este contexto, la ley de la 35 horas no ha hecho más que aumentar la flexibilidad eliminando el recurso a las horas extraordinarias como forma de redondear el salario, muy a menudo se trata de hacer en menos tiempo el mismo trabajo que antes se hacía en 39 horas. Este aumento del sector terciario ha dejado profundas huellas no sólo en la organización del trabajo y en sus condiciones que se han degradado extraordinariamente, sino también en las relaciones de los obreros con el ambiente que les rodea. En efecto, están cada vez más aislados, obligados a vivir o en los enormes enjambres populares de los suburbios, a menudo reducidos a minoría étnica entre una mayoría de inmigrantes, o bien aislados físicamente en una casa unifamiliar de la periferia, donde los contactos con el resto del mundo pasan a través de la televisión, el teléfono móvil mediante el cual el patrono les dice lo que tendrán que hacer la semana siguiente y sobre todo a través de las relaciones de los hijos en la escuela, con todas las tensiones que eso conlleva.

La desaparición de las viejas redes de solidaridad sindical o política no se ha visto compensada en el nuevo asociacionismo, que generalmente se ha desarrollado al margen de las relaciones de trabajo y es incapaz de sustituir las antiguas formas de socialización.

Ahora, incluso los empleados -que han igualado y superado numéricamente a los obreros desde 1995- están tan mal pagados como los obreros y se encuentran en un trabajo que ha sufrido los efectos de la *taylorización* primero y luego de la informatización, perdiendo todo resto de autonomía. En el plano numérico, no han disminuido y todavía representan 12-13 millones de puestos de trabajo.

El sector que ha conocido el crecimiento más grande es el del servicio a clientes, mientras que los vendedores se han convertido en mayoritarios respecto a los empleados de tipo burocrático. Los oficios que han experimentado un aumento más consistente han sido en los últimos decenios los de los asistentes de guarderías, domésticos, empleados de limpieza, trabajadores y camareros en el sector de la hostelería y la restauración.

Pero si las formas de socialización y la movilidad social son más fluidas entre los empleados que entre los obreros, los salarios son ya igualmente bajos, mayor la proximidad con el cliente último, las presiones hacia una mayor disponibilidad e implicación más fuertes y personalizadas y a fin de cuentas los éxitos o fracasos en el plano profesional son vividos e interiorizados como la expresión de cualidades personales más que como un hecho social.

Al mismo tiempo, asistimos a la formación de una nueva clase trabajadora, joven, precaria, móvil y flexible, pero capaz de reaccionar. No está ligada a las viejas ideologías del movimiento obrero -y a menudo la marginación respecto a la cultura de los padres es fuente de incomprensiones y conflictos generacionales- pero busca y a veces descubre la posibilidad y el placer de rebelarse y luchar. Las relaciones con las viejas estructuras políticas y sindicales son a veces simplemente inexistentes, en ocasiones ambiguas y otras veces conflictivas. La circulación de una cultura del conflicto se vuelve en este caso más importante que cualquier construcción organizativa, como en el pasado, aunque sólo fuese porque estos jóvenes llevan consigo el bagaje de experiencias que han madurado aun cuando el patrón que los explota haya cambiado cada tres meses.

Una conclusión provisional

Las tendencias actuales muestran un alejamiento de la política y de las formas dominantes de regulación, doloroso pero probablemente necesario, para llegar a la reconstrucción de una cultura del conflicto y a una vuelta a las luchas autónomas de la "clase más pobre y numerosa". Sin este alejamiento no es posible reconstruir la posibilidad de *pensar* una sociedad diferente, donde sea desterrada la explotación del hombre por el hombre. El camino, ya se sabe, está lleno de riesgos y los obstáculos no faltan, pero el cambio está inscrito en el capitalismo y es su mayor fuerza. De nosotros depende tratar de comprender en qué dirección camina, influir en la dirección del cambio y no perder de vista la relación que existe entre las luchas de hoy y la sociedad que pueden prefigurar.

En nuestra opinión, lo que cuenta es actuar sobre las causas profundas de la actual crisis de confianza: la vuelta a las luchas sociales de estos últimos años es seguramente estimulante, pero por el momento insuficiente; siguen siendo todavía fragmentarias y aisladas, pero encuentra un eco favorable en la sociedad. Los sindicatos institucionales no consiguen ya impedirlos, pero para controlarlos se ven a menudo obligados a secundarlos. El fin del "imperio del mal" y la hipoteca que el leninismo había hecho pesar durante 70 años sobre las luchas sociales parecen desvanecerse, aunque este hecho genera otros problemas. Si la situación social permanece fluida y en movimiento, esa política podría revelarse como un acelerador imprevisible y reservarnos algunas sorpresas.

G. Soriano

París, junio-julio 2002